

II Concurso Literario Ángel Ganivet de Finlandia

Este importante concurso está dirigido a la comunidad hispanoparlante de Finlandia y los demás países nórdicos, con el fin de fomentar el uso del idioma español. El primer concurso se llevó a cabo en 2007 y ahora tenemos la segunda edición.

A finales de 2008 se concluyó el proceso del II Concurso Literario Ángel Ganivet. Los miembros del jurado fueron:

Timo Riiho, catedrático de lenguas iberorrománicas de la Universidad de Helsinki.

Matti Brotherus, traductor del español al finlandés y periodista.

Pascual Sarvisé, director de la oficina de Turismo de España.

Agustín Gutiérrez Canet, Embajador de México en Finlandia.

Los concursantes, en ambos casos, fueron españoles, mexicanos, finlandeses, colombianos, peruanos, venezolanos y finlandeses que residen en Finlandia, en Suecia y en Rusia. Para estimular el español en las universidades e instituciones culturales y además mostrar el arte mexicano, las embajadas de México en Finlandia y Dinamarca hicieron respectivas y significativas muestras de música, literatura, artes plásticas y gastronomía llevaron a escritores, músicos y fotógrafos a esos países con excelentes resultados. Nuevamente El Búho, que fue presentado en Helsinki, publica los materiales ganadores.

El Búho

Ganadores del II Concurso Literario Ángel Ganivet

Primer premio en verso para Leonardo Sevilla (México) por su poema "Frutos del Viaje".

Leonardo Sevilla nació en México en 1951; obtuvo la licenciatura en Antropología social en 1981. Desde 1983 vive en Helsinki, Finlandia. Es profesor de español y escribe poesía y novela. Su obra aún está inédita.

Frutos del viaje
LEONARDO SEVILLA

TRAVESÍA

Vivo para escribir
Lo que vivo y recuerdo e invento
Para ser fiel a mi destino
Que hago en el camino cotidiano
Para no tomarme demasiado en serio
Y llorar y gozar mis angustias y dichas.

Vivo para decir
Lo que siento, sé e intuyo
Dejando que el corazón
Lleve las bridas del cerebro
Y aparezca algo nuevo del azar
Entre las pérdidas y los encuentros oscilo
Entretejo olvidos y recuerdos
Como un testimonio instantáneo y fragmentario
Hecho a base de bocetos, tonos y palabras
Que apenas se acercan a la realidad
Y sin abarcarla por completo
Van más allá de ella

Para la Memoria Histórica

(Archivo coleccionable)

Con los pies en la tierra
Y la imaginación en el universo.

SUTIL ENTRAMADO

El viajero sonríe
con el ayer en la columna
vertebral de una ruina
que recrea el apogeo
con un gemido roto
por los ecos enamorados.

Desentierra la calavera
y su renacimiento simbólico
desanda experiencias
con la guía de lo ignoto
se apalabra el cuerpo
con el tiempo adherido.

El viajero pregunta
y confía en la tenacidad
del ingenio que cabalga
y anima con el recóndito lirismo
del momentáneo abandono
a las sugerencias de los sentidos.

PERSPECTIVA ACÚSTICA

Barajando las posibilidades
De cada palabra, vives la incertidumbre
Con un espíritu que resbala
Y se deja ir en la forma
Imprecisa que compone
La imaginaria emoción al compás
De cada latido en tu adoptivo país
Por elección y la naturaleza circula
En las venas del poema
Y luego regresas al vientre y al aire
Con un ramo de lágrimas y carcajadas
Parpadeando como regalo.
Se adentra en otra lengua:
Da vueltas por las proporciones asimétricas
Y despeja el panorama para que su voz

Íntima cante y descubra la sensualidad:

El silencio que anima, la brisa
 De la vida en las alas en la fantasía.

INSINUACIÓN

Extraña es la vida del poeta
 que sueña cuando escribe
 como si pintara siempre el mismo lienzo
 a base de sutiles pinceladas cotidianas.

Y así brota el paisaje
 de su alma, con el rostro
 oscilando ante las experiencias:
 los olvidos y los recuerdos
 formando un entramado de metáforas
 de tonos y de texturas
 que a la curiosidad del espíritu
 atrapa con los dibujos
 y las formas que el corazón pinta
 a través del pulso imaginario.

IGNORANCIA

No sé por qué
 Pero me gusta el reto
 De escribir de pronto
 De ser rito pasajero
 De escuchar las transparencias del agua
 De observar el movimiento de las hojas
 De ir a tientes por la piel nocturna
 De sorprenderme con el amor a cuestras
 De interpretar otras lenguas
 De escalar el arco iris de tus labios
 De derrochar la energía en las letras
 De repasar el dédalo de la memoria
 Y también, claro está
 De inventar un personaje que no sea sólo tu persona.

No sé por qué
 Pero descubro tu rostro y alma en el sol
 Al llegar a la encrucijada de tus muslos
 Al ayudarte a despojar de la falda y sonrojarme
 Al seguir el contorno de tu cintura
 Al prolongar el reconocimiento mutuo
 Al vislumbrar tu sostén con encajes
 Al deslizarme sin prisa a tu corazón
 Al susurrarte este embrujo envolvente
 Al padecer el placer compartido
 Y al abrir al unísono las compuertas de nuestro grito.

Segundo premio en verso para Gilberto Durán Torres (México) por su obra "Breves Versos de un Corazón Viajero". Gilberto Durán Torres, nació en Morelia, Michoacán en 1953. Es Químico Farmacobiólogo por la Universidad Michoacana, México. Es residente en Finlandia desde 1993. Está dedicado principal-

mente a la investigación científica. Ha trabajado en centros de investigación de México (Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional y Universidad Nacional Autónoma de México), Estados Unidos y Finlandia.

Breves versos de un corazón viajero

GILBERTO DURÁN TORRES

I

Dímelo, Amor...
 Dime que esta noche vendrás
 otra vez a mis sueños.
 Que cuando a ti mis brazos extienda
 me recibirán ansiosos los tuyos
 bajo la silente luz de las estrellas.
 Dímelo, Amor...

II

Cuando lo encontré por un camino polvoriento,
 clavó en mis ojos la mirada de sus ojos negros.
 "¿Quién eres tú? -me dijo- que yo sólo soy un viajero
 que encontró cerrada la puerta de su casa".

III

Tus besos, amor, son como la lluvia fresca
 que viene a mitigar el calor de las tardes de verano.
 Y tu mirada, como las gotas de rocío
 que regocijan a las flores todas las mañanas.

IV

Mi barca, ¡ay, la destrozada barca mía!
 ¡Cómo dejarla, corazón, en la playa abandonada!
 Si llevó hasta las orillas de la mar atormentada
 mi cansada esperanza que se hundía.

V

Mi barca, ¡ay, mi barca compañera!
 ¡La que me acompaña siempre
 se encuentra con sus velas destrozadas!
 ¡Y cómo no habían de estarlo,
 si la tempestad fue furiosa,
 para todo marchitarlo!

VI

Encalló mi barca
 en las playas desconocidas de tu amor,
 y mi corazón rendido
 encontró en el tuyo su refugio.

VII

Un verso silencioso tengo para ti esta noche;
 muy igual al que te di ayer, apenas.

Tan igual como el mismo que te te di hace dos noches:
¡Muy lleno de amor como el que te daré mañana!

VIII

Eres el mismo, amado mío:
No ha perdido tu mirada, su alegría.
Tiene tu sonrisa la dulzura igual,
como en los tiempos idos.
Ven y siente cómo mi corazón
se enciende con el tuyo.

IX

Para qué quiero más luz en el camino
si me acompaña siempre la mirada dulce
de tus ojos de color azul turquesa.

X

¡Vida, vida mía!
¡Ay! ¡Tú, la de los ojos negros!
¡Quien pudiera verse reflejado en ellos!
¡Vida, vida mía!
¡Ay! ¡Tú, la de los ojos brujos!
¡Embrújame para mirarme en ellos!

XI

Noche, bella noche,
llévale a mi amor
tu más bello lucero.
Dile que sin Él me muero.

Primer premio en prosa para Antonio José Gómez (Colombia) por el cuento "El tesoro".

Antonio José Gómez es antropólogo investigador y docente, en dos universidades colombianas. Autor de varias publicaciones científicas. Desde 1984 reside en Finlandia donde se desempeñó como profesor de español, cultura e historia de Latinoamérica, (autor de diversas publicaciones sobre esos temas) en la Universidad Tecnológica de Otaniemi y en la Escuela Superior Sueca de Ciencias Económicas y Empresariales de Helsinki hasta su jubilación.

El tesoro
ANTONIO JOSÉ GÓMEZ

Todos los González lo creyeron. También algunos de los primos Díaz y con más entusiasmo que todos el anciano tío abuelo Fulgencio. Si el espiritista lo había dicho, tenía que ser cierto: en el viejo cuarto de los trebejos había un tesoro oculto que esperaba por el afortunado mortal que lo sacara para liberar así el alma en pena de quien lo enterró hace casi cuatro siglos. Francisco y Antonio escucharon parpadeando atónitos al mofletudo espiritista de vientre enorme y bigotazos enroscados que se abotagaba

acalorado explicándoles con su voz atiplada, agitando los brazos, entornando los ojos y arrugando el entrecejo. Vio al espanto en sueños, no una ni dos sino seis veces, tan real como él está viéndolos a ellos ahí ahora, "porque así son los espíritus cuando se aparecen en sueños a los médiums, señores míos". Él vino desde los llanos de Casanare, guiado por las apariciones del fantasma, preguntando en todas partes por las señas de la casa y sus habitantes y aunque le costó mucho trabajo por fin logró encontrarlos. Entendido estaba que irán en ese negocio por partes iguales. Nadie como él sabe lo que está diciéndoles y por supuesto, no es cosa de pensar ni de dudar sino de actuar. Francisco no sabía qué decir. Antonio no podía contener la avalancha de palabras del llanero para intercalar una pregunta de aclaración.

—Por lo menos 300 000 pesos en morrocotas de oro macizo. Él vio también el cofre en sus visiones.. Pero cómo no lo iba a ver si él es experto en la materia, no lo vayan a dudar, eso sí que no lo vayan a hacer. Él podría dibujarlo con todos los detalles que ellos mismos podrán constatar cuando lo desentierren. Les puede adelantar que es rojo y que tiene remaches y guarniciones de hierro. El espanto es un caballero español, mejor dicho, era. Sí. Es que él lo está viendo, es como si estuviera ahí en frente de lo nítido que se le apareció en las seis ocasiones que lo vio; un hombre alto, delgado, elegante, de nariz recta, porte aristocrático y muy cuidada barba, zapatos de hebilla plateada, una capa que le llegaba a los pies y en el cinto una rica espada de acero toledano. Un caballero. Porque esos terrenos que ahora son de los señores González pertenecían antes a la casa de ese señor. Ahí estaba el solar de la casa señorial, aquí donde después construyeron este cuarto, ahí enterró él su tesoro.

Francisco y Antonio lo miraban con los ojos muy abiertos y sólo tenían tiempo para introducir uno que otro ¿ah, sí? aventurado como cuña de freno que no producía el más mínimo resultado en la locuacidad del desbocado espiritista.

—Él habla con los espíritus, él tiene mucha experiencia. Él es un llanero y como tal sabe mucho de ésa y de otras cosas relacionadas con el mundo sobrenatural. Claro que ellos no lo conocen porque han pasado toda su vida ahí en Tunja, pero él en su tierra es famoso y vienen a consultarlo hasta de Venezuela y si fueran ellos a los Llanos Orientales constatarían que nadie duda de su pericia porque ante todo él es hombre cabal y sincero...

Por fin Francisco pudo interrumpirlo a viva fuerza: esa casa había pertenecido a los ancestros de su esposa durante generaciones enteras y era la primera vez que escuchaba algo acerca de que hubiera sido propiedad de un hidalgo español. Los González lo iban a pensar antes de decidirse a hacer una excavación costosa que pusiera en riesgo la casa.

—Pero a qué esperar, ¡aunque tuvieran que echar abajo la casa! De ahí saldrán ricos, riquísimos, hay que proceder, pero eso sí, eso sí —detuvo por un momento el torrente de palabras para tomar aire mientras señalaba enfático a los boquiabiertos González. No se atrevan a cavar sin ton ni son. Con los espíritus hay que tener tacto; la mayoría de las veces son caprichosos y mue-

ven de lugar el tesoro. “Así como lo oyen, así como les digo, porque los tesoros se mueven señores míos si no se procede como ha de ser. Ahora está ahí, pero puede escabullirse”. Y entonces habló de ruidos subterráneos y cofres en ensordecedora fuga por túneles fantasmagóricos que se tragaban irremisibles fortunas inmensas por la premura o la ignorancia de buscadores afanosos.

Antonio hizo una seña de impaciencia y lo detuvo casi tapándole la boca.

–Pero si el espíritu del que enterró el tesoro tiene tanta prisa por salir del Purgatorio no entiendo por qué iría a impedir encontrar el oro si eso era justamente la causa de que se encuentre padeciendo y...

–“El joven no sabe nada de espíritus señor mío y perdone que se lo diga, pero las cosas con ellos son toda una ciencia, una verdadera ciencia de la cual no hay muchos conocedores. No me ponga usted a darle ahora una lección de espiritismo” –e hizo más prominente la barriga.

Antonio insistió en que había que considerar con cuidado el asunto y punto.

Protestó. Se enojó. Invocó el respeto que le tenían en su tierra –qué mala suerte que no hubiera por ahí ningún coterráneo suyo para preguntarle, porque así verían los señores González cómo era de famoso y respetado. Los llamó incrédulos, pusilánimes e indecisos. Pero no cedieron; debían pensarlo primero y preguntar otras opiniones.

Pidieron el consejo de Ambrosio y de Francisco Díaz y hasta telefonaron al tío Fulgencio al hospital en la capital, que anciano y sordo le costó entender lo que Antonio le gritaba por el auri-cular. El viejo tío, un entusiasta de las historias de espantos y tesoros recomendó sin vacilar seguir los consejos del llanero. Se deshizo en explicaciones y consejos y hasta propuso pedir permiso a los médicos para salir del hospital y supervisar en silla de ruedas la operación de rescate de las morrocotas. “Qué feliz hubiera sido tu madre si viviera” –dijo Fulgencio. Claro que había que hacerle caso al espiritista y proceder. Del mismo parecer fueron Luis Francisco y Rafael cuando se les consultó, pero Plinio en cambio no pudo contener la carcajada al escuchar lo que tomó por disparates de un chillado.

–Deben seguirse varios pasos señores González, complicados como son todos los asuntos del Más Allá –empezó diciéndoles cuando volvieron a citarlo. El primero será que el dueño de la casa, –porque tiene que ser el dueño– tome un barretón en la mano y a las doce de la noche del próximo primero de noviembre fiesta de todos los santos y entronque con la celebración del Día de los Difuntos, dé una vuelta muy despacio siguiendo el contorno del recinto. Una mano invisible le va a golpear la muñeca –Francisco sintió un escalofrío en el estómago– cuando llegue al punto en que se deberá empezar el proceso del rescate del tesoro. Pero, pero, pero... –alargó la mano en gesto de espera– no se debe iniciar de inmediato sin antes pedir el permiso a las Entidades Superiores, “porque esto, señores míos, esto no es tan fácil como parece y sí cosa de entendidos –y sacaba la barriga. Ya

verán ustedes el proceso que vamos a seguir... Déjeme preparar algunas cosas secretas y rituales. Permítanme primero hacer las invocaciones en las fechas debidas y ya vendré listo para que actuemos la víspera del día de las Ánimas Benditas del Purgatorio. Deben tener paciencia pues lo que voy a hacer de antemano será cosa de varios días...”

En vano lo esperaron. El hombre no volvió. Padre e hijo miraban impacientes al cuarto de trebejos y hasta le hicieron vela juntos una noche de octubre para ver si aparecía el espanto y sin mediación del espiritista les daba la clave que los guiara. Pero el viejo caballero español no asistió. Entonces se venía ya la fecha señalada y como el llanero no aparecía resolvieron padre e hijo actuar por propia cuenta: la noche del primero de noviembre empezaron a las nueve sentados en el patio frente al cuarto de trebejos y al calor del aguardiente rememoraron las más felices historias de espantos y tesoros con finales de fortunas inmensas, palacios construidos y bodas principescas. Pero de éstas que son las menos pasaron a las más comunes de epílogo de horror, a las de escalofrantes alaridos en el helado silencio de la noche, a las de los aullidos de la espectral belleza de la novia vestida de blanco que espantaba en los vecindarios de la iglesia de Las Nieves. De las de frailes sin cabeza a las de la enorme mano peluda que brota de la nada y agarra el orillo del capote en las noches oscuras cuando se camina muy tarde por la calle. Y la invitación al desfile de horrores acudieron La Llorona, La Patasola y La Sombrerona, el Mohán y todos los lívidos espectros que durante siglos sirvieron de guardianes que con éxito frenaron el nocturno espiar de vecindarios y desvelados deambulantes. Se estremecieron con calosfríos de miedo cada vez que crujió la vieja construcción, que el gato saltó sobre el tejado, que la rata pasó junto a sus pies, que el viento movió el papel o les tocó la cara. Hablaron muy largo emborrachando sus temores y cubriéndolos del más fuerte de todos los espíritus. Se rieron de bromas y de chistes que desarmaron con la solemne ceremonia que las circunstancias suponían, y perdida la conciencia del momento rodaron las pendientes de la embriaguez con trapiés de borrachos, con los ruidosos eructos de Francisco y con los crujidos de las sillas al impulso de la risa y los bruscos ademanes. Las botellas se agotaron. Francisco cerró los ojos y empezó a roncar con la cabeza atrás y Antonio tuvo que cargarlo hasta la cama.

–El hombre se murió. Sí, el de los bigotazos, el llanero espiritista. Fue como un ataque que le dio, señores González, tal vez porque el señor era muy gordito y se le debió engrasar el corazón –les dijo un indio de crenchas gruesas como crin de caballo que llegó un día hasta la casa. “Así que no esperen más al que jamás aparecerá ya por aquí. Fue en Paipa donde se murió cuando venía para Tunja y dizque habló de don Francisco y don Antonio porque dijo tener un negocio con sus mercedes...”

Entonces el padre se decidió a tomar el barretón y dar la vuelta al cuarto siguiendo las paredes como les había dicho que debía hacer el jefe de la casa. Sería a las doce de la noche de cualquier día de noviembre, porque aunque la fecha requerida ya

había pasado, al fin y al cabo era el mes de los espantos y las ánimas, de los difuntos, aparecidos y fantasmas. Ya oscurecía el día señalado cuando las advertencias de su conciencia conmovieron a Antonio: el padre está demasiado viejo para tales impresiones y el susto le puede ser fatal. Lo haría él porque lo resistiría mejor. Su hermana Pepa estuvo de acuerdo y Francisco aceptó. El muchacho se echó media botella entre pecho y espalda y dando traspiés y teniendo por coro de fondo los responsos que los otros dos rezaban por el alma en pena, Antonio tomó la herramienta y apoyándose en el frío muro inició el recorrido del contorno del cuarto... Una vez se tropezó y tuvo que casi arrodillarse para no caer. Otra se le cayó al suelo el barretón y necesitó encender un fósforo para hallarlo. Y al poner la mano en el suelo para levantarlo se untó los dedos en la plasta que dejó el gato. Se arañó el pecho con los dientes de un rastrillo oxidado y se raspó los nudillos con la áspera pared de adobe. Tuvo por último un hipo que se le convirtió en agriera de aguardiente que se le fue por la nariz, que lo atragantó y lo puso a toser y estornudar buscando con angustia el aire que se negaba a llegarle a los pulmones. Salió de allí llorando lágrimas que le velaban los contornos, moqueando y tropezando en los trebejos, con los ojos desorbitados como si hubiera de verdad visto al fantasma, oprimiéndose agónico el cuello con los dedos untados. Llegó donde un padre y una hermana expectantes y temblorosos que lo salpicaron con agua bendita, que pronunciaron fórmulas de exorcismo y dieron vueltas a su alrededor con crucifijos en las manos creyéndolo víctima de los aparecidos. Pero él hizo señas denegando mientras tosía y moqueaba amoratado. Se tomó un buen tiempo para poder explicar que no hubo una mano helada que golpeará su muñeca, ni tropezó su mirada con el rostro rígido del caballero español, ni sufrió el espeluznante sobresalto de sentir sobre su pulso la presión de dedos enfriados por el pavor de los sepulcros.

No hubo tesoro ni riquezas pero jamás se despejaron las dudas. La mirada de los tres siempre se dirigió con desconfianza al cuarto donde tal vez dormía el oro... Quizás si hubiera sido el padre y no el hijo. Quizá sin aguardiente... Bajo la supervisión del llanero espiritista. Exactamente el día señalado...

Sólo a mí me confió Antonio que en el mismo lugar un primero de noviembre cuarenta años más tarde volvió en secreto a repetir la prueba. Ya moribundo y con una mano temblorosa sobre la mía, me dijo fijando en mis ojos su mirada vidriosa:

-Toda mi vida he tenido la absoluta convicción de que ahí hay un tesoro. Sé que alguno de mis descendientes algún día lo desenterrará.

Segundo premio en prosa para Marcio Serrano por su obra "Pirjo"

Boigen es el seudónimo del escritor mexicano nacido en el sur de la Ciudad de México en 1972. Ha participado en cursos literarios con Ethel Krauze, Arturo Arredondo y Daniel Sada. Dejó inconclusa la carrera de Historia en la UNAM para dedicarse al teatro. Fue íntimo amigo del dramaturgo fallecido Jorge Kuri. De 1998 a 2001

vivió en Sudamérica donde escribió las obras de teatro *El Charro Negro*, *Huancavilcas 2000* y *Los Mariachis* para ser representadas en Chile, Ecuador, Perú y Paraguay. Ha publicado breves artículos para periódicos de Buenos Aires, Asunción y Finlandia. En Helsinki vive desde el año 2004 a la fecha. Actualmente se concentra en la corrección de su próxima novela: *Feliz Cumpleaños*.

Pirjo
BOIGEN

Etimológicamente hablando

la palabra tragedia

deriva de la palabra griega: Trágos

que significa macho cabrío

apelativo que se daba al dios Dionisos.

Shasha, Alberti, Daniel y Putte corrían libremente por el bosque, era maravilloso verlos disfrutar de la naturaleza, de la tierra, de la hierba, de las ramas caídas de los pinos y abedules. Hacía un sol resplandeciente y aunque era un julio quemante los vientos helados del norte enfriaban las esperanzas en el fin del mundo. Pirjo los había sacado a pasear después de mucho tiempo. Habían estado enclaustrados en un diminuto departamento durante casi toda la primavera.

Shasha se detuvo de improviso, su olfato había percibido un olor especial. De entre el follaje vio resplandecer en el horizonte una luz extraña. Sus ojos se concentraron en la frondosidad, y vieron como de la cristalina agua del lago emergía un enorme ser. Shasha agudizo su olfato y entre más olía, más se ponía nervioso. De inmediato ladró y ladró y ladró, hasta que Alberti, Daniel y Putte interrumpieron sus juegos y de inmediato unieron sus ladridos a los de Shasha. Los perros estaban ahí, presenciando la aparición de un enorme ente barbado, de gran cabellera rizada y cubierto con una piel de alce,

Los cuatro dejaron de ladrar y corrieron hasta la orilla del lago. El individuo caminó por encima de las aguas morenas del lago. A cada paso, sus pieles se iban secando y su cabello se rizaba. Sus ojos eran de una belleza inimaginable. Pequeños y cafés, brillaban con tal gracia, que Shasha, Alberti, Daniel y Putte quedaron encantados con el lejano visitante. Al llegar a la orilla, el ser acarició a los perros con tal delicadeza, que cada uno empezó a lamer sus manos y sus dedos con frenesí. Shasha movió su cola con alegría y daba saltos tratando de que el ente lo acaricara entre sus brazos. Alberti ladraba de emoción, mientras que Daniel corría en círculos persiguiendo su propia cola. Putte olfateaba al visitante con estupor, estaba un poco confundido con el nuevo visitante, no sabía si tener miedo o precaución. Alguna rareza se desprendía de entre los olores de la peluda vestimenta.

A lo lejos se escuchó la voz de Pirjo que buscaba a sus cuatro perros por entre la espesura de los abedules. Shasha ladró con alegría y corrió velozmente hacia donde estaba la ama. Alberti y Daniel corrieron también rumbo a Pirjo, quien poco a poco se acercaba a la orilla del lago. Putte seguía olfateando al visitante de

patas de cabra. Cuando los ojos de Pirjo encontraron los de aquel individuo, una estrella fugaz irrumpió por el firmamento. El deseo había nacido así, de improviso, mágicamente, como nunca antes le había sucedido. Pirjo se quedó paralizada contemplando al enorme ser, mientras que él se fue aproximando hacia ella con su sonrisa seductora. Cuando estuvieron frente a frente, Pirjo se desvaneció y el macho la tomó entre sus brazos. Los cuatro perros guiaron al individuo por entre los abedules hasta la cabaña de Pirjo. Esa noche de verano, el sol no dejó de brillar en el cielo.

Al llegar a la cabaña, el visitante colocó a Pirjo en el sofá de la sala y la cubrió con una manta de seda roja. Dio comida a los perros y se sentó en el pórtico. Sacó de su bolso de piel, una botella de madera, pintada de colores brillantes y bebió de ella. Sacó una pipa de hueso pulido e introdujo una hierba verdosa. Durante varios minutos fumó con parsimonia. Después de unas horas, Pirjo recuperó el conocimiento y salió al balcón a buscarlo.

Pirjo –Eres...?

Trágos –...Dionisos...

Y la felicidad alumbró el rostro de Pirjo, quien se abalanzó hacia Trágos y se fundieron en un beso interminable. Nunca antes había tenido un sentimiento tan fuerte, ni siquiera cuando se casó con su Ex-Marido, ni siquiera cuando nació su primer Ex-Hijo, ni su segundo Ex-Hijo, ni siquiera cuando nació su bonita Ex-Hija. Mucho menos había sentido tal amor por sus cuatro adorables perros con los que sobrevivía a diario en medio de los bosques del fin del mundo. Trágos era el amor que estaba esperando desde hacía ya muchos años. Inmediatamente se fueron al dormitorio, ella lo recostó en la cama y lo lamió hasta dejarlo lubricado de pies a cabeza. Luego se montó en él a horcajadas y deslizó sus grandes senos por entre la barba aterciopelada del macho cabrío. Cuando sus genitales, los de ambos, se inmiscuyeron furtivamente, un choque eléctrico explotó entre sus piernas, y así copularon y copularon hasta que el otoño les avisó que la luz ya no era más cómplice de sus atardeceres.

Pirjo nació en *Rovaniemi* cerca del año de 1945. De sus padres sólo se relata una desaparición lúgubre, los bombardeos rusos borraron toda la nieve de los bosques en el círculo polar y el misterio se apoderó de sus ausencias, así, sin más nada. Pirjo fue adoptada por una pareja de buenas personas. Ella supuso que su niñez transcurriría con toda normalidad, como la de cualquier niña finlandesa de posguerra, sin embargo, el tiempo le haría descubrir la orfandad de su biografía. Nadie se acuerda ya de cuando Pirjo se volvió dipsómana, parece ser que todo empezó cuando se enteró de que su verdadera madre nunca había existido, de que sus padres no eran sus auténticos padres carnales, de que sus familiares no eran sino gente de mucho dinero con una extraña obligación entre las soledades.

En aquellos tiempos mozos, su esbelta figura de veinteañera era como la de la doncella *Aino* de los bosques nórdicos, hacía recordar a aquellas sirenas del *Vellamo* que volvían loco a *Väinämöinen* con sus cantos. Ella tan sólo era una joven provinciana de inigualable belleza. Pirjo había estudiado para enfermera y esperaba que el futuro le curara paulatinamente su desconsuelo.

Sin embargo no fue así, cuando conoció a su futuro Ex-Marido, la vida era una espejismo de perfección. Empezaron los viajes y los lujos, porque su Ex-Marido era diplomático y procedía de una familia de abolengo ruso-germano, y con mucha diplomacia se fueron amando en cada país al que fueron enviados. De Finlandia a Estados Unidos y luego a Suiza, de Austria a París y de nueva cuenta a Estados Unidos en un vals ligero pero intermitente. Finlandia sólo era un lugar de veraneo. Las recepciones oficiales de la embajada finlandesa se fueron convirtiendo en no oficiales, y todos los protocolos de la guerra fría le fueron llenando el hígado de alcohol. Su noble espíritu de esposa abnegada se vio violado por la presencia rutinaria de la copa de vino tinto y el canapé. El alcohol se convirtió en su más sagrada concupiscencia.

Su primer Ex-Hijo le nació en *Helsinki*, su segundo Ex-Hijo le nació en Nueva York y su Ex-Hija le nació en Ginebra. Mas sin embargo había algo que le nacía repetidamente en todas las ciudades que visitaba, y era la frustración de no pertenecer a nadie, de sentirse orillada del seno familiar, de saberse arrimada a una familia que la recibió con calidez, pero que no pudo controlar su vida silvestre, por no decir salvaje. Nadie de la Ex-Familia quiere decir cuándo comenzó el gran desaguisado, ninguno desea explicar el momento en el cual el paraíso se tornó de pronto en un gran infierno llamado: *Hell-sinking*. Pero eso sí, todo mundo señala a Pirjo como la culpable de todos los males. Todos dicen que Pirjo se la pasaba todo el tiempo borracha, que no había día que no tomara, que no había día que no gritara a sus tres Ex-Hijos, que no faltaba la hora en que no les pegara, que siempre buscaba el instante más álgido entre sus euforias para lanzar las más venenosas dagas a los oídos infantiles de su más inocente víctima: su pequeña, dulce y tierna Ex-Hija.

Después vinieron los abogados y los divorcios, los periodicos en el *Hessari* y los dimes y diretes de una relación que aún hoy, les duele en lo más profundo del recuerdo. La ley le prohibió a Pirjo habitar en Helsinki. Pirjo se fue quedando sola, poco a poco, su Ex-Familia se había despedazado, y cada pedazo se llevó consigo el sabor de una tragedia compartida. El Ex-Marido fue cesado inmediatamente de la diplomacia. El mayor de sus Ex-Hijos se volvió taxista, y muy a menudo suele merodear el departamento de Pirjo con pistola en mano. No pocas veces ha entrado intimidatoriamente en busca de algunos euros que le puedan amortiguar las drogadicciones. El Segundo de sus Ex-Hijos, de cuya presencia no quiero ni siquiera referir en demasía, no le tiene tanto rencor, aunque tampoco quiere frecuentarla. La Ex-Hija es la que más se ha preocupado por ella, porque el género las une y la tristeza las envuelve en una relación sadomasoquista insoslayable.

Pirjo tiene ahora alrededor de sesenta años, es una mujer de 150 cm de altura. Es de complexión gruesa, por no decir que de redonda figura. Tiene el pelo corto y sus brazos están estigmatizados por una extraña alergia que les ha carcomido la alegría. Le gusta usar perfumes de barata procedencia, pero eso sí, usa lentes muy caros y cuando sale a la calle gusta de vestirse con ropa colorida. Una falda rosada, una blusa floreada y un saco amarillo,

aunque toda su ropa siempre tiene esa leve capa de pelos que sus intocables perros le suministran a diario.

Pirjo cambia de departamento como de calzones. No puede estar en el mismo lugar por mucho tiempo. Ha ido de Hollolla a Seinäjoki, de Järvenpää a Lahti sin lograr establecerse con propiedad. De seguro los arrendatarios no soportan los desmanes que causa, sobre todo por las noches, cuando sus perros ladran incansablemente al verla inconscientemente alcoholizada desparrramada en el piso. El departamento de Pirjo siempre huele a orines de perro. Cuando uno entra, el tufo es tan fuerte que uno siente ganas de volver el estomago. Al entrar a su departamento no es bueno quitarse los zapatos, ya que todo el piso está impregnado por esa amarillenta pegostiosidad que sus cuatro amados perros vienen depositando desde hace ya varios inviernos. Por lo general, Pirjo duerme en el sofa de la sala, porque en el dormitorio hay una cama que está cubierta por varios plásticos que no son suficientes para ocultar las heces que sus cuatro incondicionales perros logran ocultar bajo las sábanas. Todas las pertenencias de Pirjo se encuentran metidas en cajas de cartón, Pirjo nunca las desempaca, porque sabe perfectamente que el día menos pensado será conducida por una ambulancia al hospital más cercano y como epílogo será desalojada por los arrendatarios por enésima vez.

Hoy es 30 de abril y la mañana es fría, como siempre. Pirjo vino de visita a Helsinki. Está sentada en una banca en Esplanadi rodeada por Shasha, Alberti, Daniel y Putte. Había escogido el mejor lugar para presenciar el desfile. Desde temprano había ido al monopolio del alcohol a comprar su dotación para la fiesta de *Vaapu*. Como todos los años, los camiones de redilas atiborrados de estudiantes alcoholizados desfilarán por *Mannerheimintie*, para luego dirigirse encabritadamente a *Kaupatori*. Ella no se cansa de ver el mismo espectáculo, el mismo insustancial carnaval callejero. Año tras año, *Vaapu* se convierte en el verdadero día de independencia nacional, que hace de los *Metsälaiset*, los seres más patéticos del orbe. Porque todo está permitido, porque la ley, la sociedad y la cultura así lo establecen, y porque de generación en degeneración, el alcohol se posesiona de las calles de todo el país, como una amargura amarillenta que se orina en cada esquina.

Pirjo está degustando su botella de vodka barata con parsimonia. De vez en vez prende un cigarro y da bocanadas suaves al viento. Los estudiantes de overoles rosas, rojos, verdes, blancos, azules empiezan a deambular por entre las calles del centro. Todos los ebrios con estudios especializados se aproximan a *Kaupatori* para ponerle el *Teekkarilakkia* a la estatua de *Havis Amanda*.

Pirjo espera a sus amigos en la banca de siempre. Ellos serán expulsados de los tranvías por los conductores. Llegarán con sus caras rojizas, sus barbas largas, sus cabellos grasosos y su ropa sin lavar maldiciendo a todo aquél que ose mirarlos a los ojos. Se aproximarán tambaleándose con sus bolsas del súper, llenas de botellas de cerveza del oso. Los *Metsälaiset* se sentarán en derredor de Pirjo y empezarán a destapar cerveza tras cerveza al tiem-

po que contarán las mismas anécdotas de cuando eran estudiantes: de cómo en el año de 1965, cuando tenían 15 años, habían tenido su primer borrachera, y de cómo se pusieron ebrios por primera vez, y de cómo se cayeron en cada calle hasta que su rostro sangró, y de cómo agredieron sexualmente a la amiga de la amiga de un primo lejano, y de cómo habían vomitado enfrente del parlamento, y de cómo por la noche llegó la policía a *Kaisaniemipuisto* y los metió a todos en una patrulla. Y de cómo al día siguiente no se acordaban de lo que había pasado, y de cómo sus padres ni siquiera se habían enterado de lo que les había pasado, porque esa misma noche, todos estaban en un estado de ebriedad deplorable, como sus vecinos y los vecinos de sus vecinos. Pirjo los escuchará como siempre, y como siempre relatará su historia de *Rovaniemi*, y por enésima vez ella se imaginará que al beberse la última botella de *Kosu* podrá deshacerse de su triste realidad.

La mañana del primero de Mayo, la Ex-Hija fue despertada por una esperada llamada del centro de salud. Su Ex-Madre se hallaba nuevamente internada a causa de una sobredosis etílica. Así pues, como es la única de la Ex-Familia que todavía tiene algo de compasión, contestó con cortesía a la enfermera y le comunicó que iría enseguida. Se levantó lentamente de la cama, tratando de no despertar a su marido, que dormía plácidamente un domingo por la mañana. Primero fue a lavarse los dientes, mientras se preparaba un café bien cargado y cocinó su desayuno favorito: Puro.

Tomó su bicicleta y se dirigió al centro de salud, donde era bien conocida por las recepcionistas.

Ex-Hija –Buen día.

Recepcionista –Buen día.

Ex-Hija –Vengo por mi madre.

Recepcionista –Claro, por supuesto. ¿Cómo le va el día de hoy?

Ex-Hija –Muy bien, gracias.

Recepcionista –¿Y el caballo?

Ex-hija –Bien, ahí anda, dando brincos.

Recepcionista –En un minuto la hago pasar con el doctor Virtanen.

Ex-Hija –Gracias, yo espero.

Y así, la Ex-Hija se sentó en la cotidiana sala de espera del cotidiano centro de salud, con el cotidiano problema de su madre. Leyó y releó las revistas para mujeres que siempre son del año anterior, y cuando leyó su signo zodiacal se rió al constatar que la vida no cambia, que todo ese sobrevivir en este mundo inhóspito en tan sólo un reciclaje de mediocridades.

Dr. Virtanen –Buen día, ¿cómo le va?

Ex. Hija –Bien doctor, ¿cómo está Pirjo?

Dr. Virtanen –Como siempre.

Ex-Hija –Siempre se ha comportado como una niña. Sólo quiere hacerme sentir mal. Quiere que yo la cuide como nunca ella me supo cuidar a mí. Por ejemplo, cuando yo era niña hubo muchas veces que no pasó a recogerme al colegio, porque estaba tan alcoholizada que ni se acordaba que yo existía. Una vez me dijo que

yo no era tan buena como yo suponía, sino que era de mala leche. Muchas veces manejaba borracha y chocaba los coches. Ella siempre tiene accidentes. El otro día hice *Pulla* y preguntó si yo no le había puesto veneno en él. ¿Dígame si eso es ser buena madre? Dr. Virtanen –No, por supuesto que no. Entiendo bien la situación, pero tiene que comprender que su madre siempre ha estado enferma, y que no puede verla como enemiga, sino como una paciente que necesita de todo el afecto para salir adelante.

Ex-Hija –Lo intento todo el tiempo, pero ella no se deja ayudar. ¿Qué fue lo que pasó ahora?

Dr. Virtanen –Pues la policía la trajo en la madrugada, estaba tirada en la calle, completamente inconsciente cerca de la iglesia de *Kallio*. Tuvo un fuerte golpe en la cabeza.

Ex-Hija –¿Y cómo es su estado?

Dr. Virtanen –Bueno, pues debido a las circunstancias que nos rodean, la paciente se encuentra en un estado estable. En términos generales se encuentra bien, tanto psicológica como físicamente. Cabe decir que su hígado se encuentra en un estado de desintegración vertiginosa, y que ningún medicamento puede ya detener el deterioro. Ella es consciente que debe dejar de ingerir bebidas embriagantes, pero como bien sabemos, eso es algo realmente imposible... más en este país.

Ex-Hija –Pero doctor, ¿cuánto tiempo va seguir así?

Dr. –Me temo que toda la vida, esta enfermedad no tiene cura.

Ex-Hija –¿Como está su cabeza?

Dr. –Mejorando, le hemos cocido 18 puntos. El golpe fue severo, y la cortada es de 20 cm. Esperemos que poco a poco la herida vaya cicatrizando.

Ex-Hija –¿Y qué va a pasar ahora?

Dr. –Por el momento, se quedará internada en el hospital. Luego la mandaremos al psiquiátrico y ellos se encargarán de llamarles cuando se encuentre en mejor estado para recibir visitas.

Ex-Hija –Gracias doctor, ¿dónde tengo que firmar?...

Y así, por enésima vez la Ex-Hija firmó todos los papeles y se despidió con toda la cotidianidad de saber que más tarde que temprano regresaría a firmar los mismos papeles de siempre.

Es noche buena, todas las casas están llenas de humanos, menos una. Todas las mesas están llenas de manjares, menos una. Todas las familias están unidas, menos una. La tarde es más oscura que la noche y los gritos de felicidad provienen de todos los departamentos, menos de uno. En todas las casas se escuchan las tradicionales melodías navideñas, pero en casa de Pirjo los noticiarios del canal 1 sólo dan noticias grises. En el fin del mundo los pronósticos del tiempo siempre hablan de una esperanza que nunca llegará a ser realidad.

Pirjo trae de la cocina un plato con *makkara* recién dorada con margarina, y después de ponerle la mostaza de *Turku*, la mete en un pan y la va comiendo poco a poco. Luego destapa una botella de sidra barata y la vierte en una copa para champaña, que es de un plástico muy fino. Pirjo se sienta en el sofá de su casa, a ver la televisión. Shasha, Daniel, Alberti y Putte están tranquilamente

recostados a los pies de Pirjo. Con la copa en alto, Pirjo brinda rezándole al icono de la virgen morena.

–Sí, he pecado de obra, palabra y pensamiento. He de confesar que sólo yo soy culpable de mis tristezas. Ni mi Ex-Marido, ni mis Ex-Hijos han sido culpables de lo que el destino me confeccionó cuando nació. Siempre creí que ellos iban a tener compasión de mi enfermedad, pero al pan pan y al vino vino, ninguno ha querido cargar con mi cruz, y no seré yo quien dé mi brazo a torcer, prefiero estar sola que mal acompañada. Dádme pues mi sagrada medicina *Kiippis!*

Y así, copa tras copa se bebió las 5 botellas de sidra que su pensión fue capaz de suministrarle. Después de toda una vida de disimulo, Pirjo pasó a mejor sueño, no sin antes haber dejado una huella profunda en sus adoloridos congéneres. Todos al unísono descansarán cuando ella deje de respirar, cuando su corazón deje de latir, cuando sus párpados se deslicen lentamente sobre las pupilas vidriosas de sus ojos tristes.

Esta tragedia ha de acabar forzosamente en la locura de Pirjo, quien será sacrificada así a esa fuerza que se le impone y contra la que se rebela con orgullo insolente. En la Antigua Grecia se aludía a un desprecio temerario hacia el espacio personal, ajeno, unido a la falta de control sobre los propios impulsos, siendo un sentimiento violento inspirado por las pasiones exageradas, consideradas enfermedades por su carácter irracional y desequilibrado, y más concretamente por la furia o el orgullo.

La noche de año nuevo, cuando la primer nevada cayó sobre los lagos, Pirjo comenzó a tomar desde temprano. Era habitual que empezara a medio día con unas cervezas del oso, para luego dar paso al *Kosu*. Ya entrada la oscuridad en el bosque forestal la embriaguez comenzó a apoderarse de su pulso y Pirjo comenzó a pintar un tigre de bengala. Las pinceladas anaranjadas se amotinaban sobre la blanca superficie del lienzo con una desesperante denuncia a una soledad auto impuesta. Una lágrima comenzó a brotar de sus párpados, y luego un llanto reprimido se desbordó desde sus ojos azules. Con fuerza devastadora, Pirjo tomó el pincel más grueso cual navaja vengativa, y sin piedad apuñaló el lienzo hasta dejarlo hecho trizas. Exprimió cada uno de los tubos de pintura por doquier: el azul cobalto se embarró a la ventana pidiendo auxilio, el verde vejiga manchó las paredes del comedor dejando los bodegones más sombríos que nunca, el negro pardo se fue impregnado en las puertas del dormitorio, mientras que el rojo carmesí se inmiscuía con violencia por entre las dedos de Pirjo, quien dando tumbos, pateaba todo cuanto estuviera al derredor, la oscuridad le empezaba a ahorcar la cotidianidad. Sin más preámbulos, Pirjo se empinó la botella de vodka y la roció sin miramientos sobre su cabeza y ropa. Después encendió un cigarrillo y con la llama del fósforo, se prendió fuego a sí misma...

Aquél a quien los dioses quieren destruir, primero lo vuelven loco. Finlandia es el país más lejano a la civilización. De hecho el concepto de Europa sólo llega a través de la internet. La soledad en el fin del mundo es todavía más terrible que el mayor de los suicidios. ☠